



**Universidad Nacional de Rosario**

Facultad de Psicología

*TRABAJO INTEGRADOR FINAL*

**TRANSFERENCIA Y FUNCIÓN DEL ANALISTA EN LA CLÍNICA  
DEL CAMPO PARANOICO DE LAS PSICOSIS**

INVESTIGACIÓN BIBLIOGRÁFICA

Autora: Otaño, Florencia

Legajo: O-5060/1

DNI: 38.572.386

Docente responsable: Coirini, Damián

Año: 2024

**Agradecimientos**

*A mi familia, por acompañar mis pasos y tropiezos desde un amor sin condiciones. A Damián, por honrarme con su lectura y orientación tan amorosa.*

*A la Universidad Pública, por posibilitar que los anhelos se transformen en oportunidades. Y a cada amiga y amigo que me enseñó, desde su singularidad, que lo colectivo inspira, sostiene y fortalece.*

**Índice**

Resumen y palabras clave 4 1. Introducción 5 2. Objetivos 7  
2.1 Objetivo general 7 2.2 Objetivos específicos 7 3. Exposición del material objeto de  
la revisión 8 3.1 Las psicosis: estructura y relación con la alteridad 8  
3.2 De la inadecuación del método a la especificidad de la transferencia 12 3.3  
Función del analista: ¿secretario del alienado? 15 4. Consideraciones finales 19 5.  
Referencias bibliográficas 21

## **Resumen**

La investigación bibliográfica que se presenta en las siguientes páginas, constituye un acercamiento a la clínica psicoanalítica del campo paranoico de las psicosis. Sigmund Freud reconoce la existencia de sentido en la producción delirante, sin embargo sostiene que su método no produce efectos favorables en el tratamiento de esta estructura. Lacan, por su lado, no claudica ante la negativa y construye las vías para establecer un abordaje posible. En este sentido, se ubica una aproximación a la cuestión de las psicosis a partir de la lectura y análisis del tercer seminario dictado por Jacques Lacan, en los años 1955 y 1956. De este, se retoman las resonancias de la noción de *secretario del alienado* para establecer las implicancias de la función del analista en un abordaje que contemple la especificidad de la transferencia psicótica. Asimismo, se rastrean elaboraciones de autores contemporáneos que sostienen su apuesta clínica al alojar cada testimonio en su literalidad, para propiciar un modo de articulación discursiva que resulte menos costosa para el sujeto.

## **Palabras clave**

Psicoanálisis - Psicosis - Transferencia - Secretario del alienado

## 1. Introducción

El presente trabajo integrador final, enmarcado en la carrera de Psicología de la Universidad Nacional de Rosario, propone indagar algunas elaboraciones teóricas concernientes a la clínica psicoanalítica de las psicosis. Y hace hincapié en el ejercicio del analista a partir del establecimiento de la *transferencia psicótica*. A su vez, para ubicar el alcance de su función, se recupera la noción de *secretario del alienado* a sabiendas de que el trabajo debería orientarse, en primera instancia, por una elaboración artesanal a partir de la particularidad de cada sujeto, por tratarse, precisamente, del encuentro -y desencuentro con la subjetividad.

Para tal fin, se parte de la cuestión que inaugura Freud al considerar al delirio como un *modo de decir*, ya que, a pesar de su rechazo al tratamiento de las psicosis, realizó un extenso trabajo de lectura e interpretación de las memorias del presidente Schreber. Por su parte, Jacques Lacan avanza en esta dirección al sostener que aquello planteado transferencialmente puede ser leído en términos de modalidad enunciativa y esta refiere a la posición que toma el sujeto respecto al Otro (Lacan, 2017). Se trata del lugar desde el cual el sujeto organiza su erótica y determina su modo singular de amar, desear y gozar. Por lo tanto, a partir de la escucha del *decir psicótico*, el analista se ofrece para articular lo que

viene del Otro, eso que el psicótico escucha y sabe que le concierne; con el fin de propiciar una transformación y habilitar un cambio en la posición de aquél o aquella que sostiene su existencia de una manera extremadamente sufriente.

Asimismo, se destaca la conceptualización de *planteo transferencial* que elabora Jean Allouch, en contrapartida al establecimiento de la transferencia neurótica como construcción del Sujeto supuesto Saber (Allouch, 2015). A partir de esta modalidad específica en que la transferencia puede ser planteada, se ubica la lectura que realiza el mismo Allouch sobre la posición que ocupa Lacan en su trabajo con Marguerite Anzieu, denominada por él como “Aimée” (Allouch, 2008). De aquí decanta la reelaboración de la noción de secretario del alienado, categoría que se recorta con el fin de reflexionar sobre la función del analista en la transferencia psicótica.

Dicha función se ubica con la intención de orientar el camino hacia un tratamiento posible, como si de la construcción de una brújula se tratase; ya que, al situarse como paso fronterizo, entre la culminación de los estudios de grado y el comienzo del ejercicio profesional en el campo de la psicología, este escrito no pretende detentar un saber acabado sobre la práctica clínica. Se trata, por el contrario, de un recorte singular en un campo donde resulta impensable el establecimiento de un saber todo.

Por este motivo, con el fin de indagar en la letra de analistas, que a partir de sus propias experiencias utilizan la escritura como vehículo de elaboración teórica, se escoge la investigación bibliográfica como modalidad de estudio. El material a investigar comprende el tercer seminario dictado por Jacques Lacan durante los años 1955 y 1956 y autores contemporáneos que recuperan y resignifican los desarrollos concernientes a la clínica de las psicosis.

Se propone una revisión crítica del material mediante la puesta en tensión de diferentes perspectivas que comparten el camino hacia la búsqueda de sentido sobre aquello que sucede en un trabajo analítico. Eso que involucra a quien se ubica en el lugar de analista; a un sujeto que busca testimoniar sobre un saber que le concierne y a la relación transferencial que, entre ellos, puede instaurarse.

En referencia a los antecedentes, se seleccionan dos investigaciones que dan cuenta de la producción teórica vinculada al tema de este trabajo. Por un lado, la tesis de grado presentada por Lauretti y Pacheco (2019) en la Facultad de Psicología de la Universidad Nacional de Mar del Plata, bajo el título “Consideraciones sobre la transferencia en la psicosis”. En la misma, las autoras realizan una exhaustiva exploración de la noción de transferencia en la literatura psicoanalítica. Asimismo, rastrean la especificidad de la posición del analista en la clínica de las psicosis.

A su vez, se escoge el trabajo integrador final denominado “Psicosis y psicoanálisis: acerca de un tratamiento posible y el lugar del analista” (Gaede, 2020). Se lo considera un enriquecedor aporte por tratarse de una investigación bibliográfica realizada en la misma casa de estudios en la cual se enmarca el presente escrito. En el mismo, se elaboran también, las categorías de análisis que propone este trabajo, vinculadas a la particularidad de la clínica psicoanalítica de las psicosis. Sin embargo, el desarrollo conceptual se realiza a partir de la utilización de autores diferentes. Lo cual resulta de suma utilidad para indagar diferentes formas de abordar la misma problemática.

Cabe aclarar que, al establecer los criterios de análisis del material a investigar, resulta pertinente estar advertidos de ciertos postulados que insisten en la currícula, y derivan de la suposición de que las psicosis carecen de algo que las neurosis poseen. Cabe preguntarse, ¿al limitar la mirada sobre lo que falta, no se están restringiendo, asimismo, las chances de posibilitar una transformación en la posición subjetiva de quien consulta? En este sentido, se comprende que el encuentro terapéutico podría resultar iatrogénico si el

analista se paraliza frente a la suposición de que nada puede hacerse con eso que se presenta.

En función de lo planteado, se propone reflexionar sobre la función del analista desde una perspectiva de derechos y evitar caer en visiones patologizadoras de ciertos rasgos que, históricamente, han sido asociados a la exclusión, al encierro y al silenciamiento, característicos de la lógica manicomial.

En este sentido, cabe aclarar la posición que pretende sostener quien escribe, al asumir que la distinción diagnóstica entre neurosis y psicosis resulta de utilidad, exclusivamente, a los fines de encauzar un tratamiento; ya que, se parte de la premisa de que la transferencia encuentra un modo de conjugación específico en cada caso.

En consecuencia, se hace énfasis en la intención de tomar distancia de la concepción deficitaria de la psicosis; difundida tanto en el ámbito académico como así también, en la sociedad en general. Dicho de otro modo, desde esta perspectiva, no se la concibe como una estructura incompleta con respecto a la neurosis, sino como un modo diferente de vinculación con la alteridad.

## **2. Objetivos**

### **2.1 Objetivo general**

- Analizar la función del analista a partir del establecimiento de la transferencia en la clínica de las psicosis.

### **2.2 Objetivos específicos**

- Delimitar una conceptualización de psicosis.
- Identificar la especificidad de la transferencia psicótica.

- Describir el alcance de la función del secretario del alienado en la clínica de las psicosis.

### **3. Exposición del material objeto de la revisión**

#### **3.1. Las psicosis: estructura y relación con la alteridad**

Para comenzar a establecer un acercamiento al abordaje lacaniano de las psicosis y, a sabiendas de que la complejidad de su desarrollo excede los límites de este escrito, resulta necesario realizar un recorte conceptual y cronológico de su obra. Sin embargo, aunque se seleccione un momento preciso de su enseñanza -principalmente el de su seminario sobre las psicosis, dictado en los años 1955/1956- la lectura se produce *no sin* las implicancias de desarrollos ulteriores, tanto del propio Lacan como los de aquellos psicoanalistas que lo retoman.

En primer lugar, cabe realizar una breve reseña de los principales conceptos que se utilizan para explicitar un mecanismo diferencial en las psicosis. Resulta pertinente señalar que, con el objetivo de establecer una formalización de la experiencia analítica, Jacques Lacan (2017) establece la distinción de los registros real, simbólico e imaginario como clave de lectura de la obra freudiana. Y durante el dictado de su tercer seminario, los mismos “se ordenan bajo una relación de jerarquía donde lo simbólico (terceridad que implica al Otro) se impone como un dinamismo más consistente que lo imaginario (relación dual con el semejante)” (Neffen, 2022, p.45). En otras palabras, prima la noción de lo simbólico entendido, en este momento de su enseñanza, como el orden determinante de la subjetividad. Por otro lado, la conceptualización de lo real no se encuentra del todo estabilizada ya que, por momentos se lo confunde con la realidad, e inclusive con lo imaginario. Por ejemplo, cuando Lacan (2017) se pregunta por la diferencia entre lo imaginario y lo simbólico, pareciera que los términos real e imaginario son intercambiables ya que argumenta “en el orden imaginario, o real, siempre hay un más y un menos, un umbral, un margen, una continuidad. En el orden simbólico todo elemento vale en tanto opuesto a otro” (p.19).

A su vez, Dylan Evans, en su diccionario introductorio, sostiene que la dimensión simbólica del lenguaje es el ámbito del significante. El mismo no tiene existencia positiva, es decir que adquiere valor a partir de sus diferencias con los otros elementos y el lugar que ocupa en el sistema. Para definirlo, Lacan invierte la noción de signo lingüístico de Saussure, quien sostenía la existencia de un vínculo indestructible entre el significante y el significado. Para Lacan, por el contrario, el significante es lógicamente anterior y el significado es un efecto del juego entre significantes. En consecuencia, la significación es entendida como un proceso por el cual los significantes producen significados a través de la metáfora y la metonimia. En otras palabras, se entiende que los significados se deslizan metonímicamente por debajo del significante, por lo cual una significación remite siempre a otra. Y la ilusión de sentido se produce por una fijación temporal entre ambos (Evans, 2013).

Es en este sentido que Lacan (2017) realiza su famosa declaración: “el inconsciente está estructurado, tramado, encadenado, tejido de lenguaje. Y el significante (...) desempeña el papel fundamental” (p.171). Por lo tanto, se considera al inconsciente estructurado como un lenguaje, determinado por el significante. A su vez se lo define como discurso del Otro. Y este Otro es entendido, al momento, como tesoro de los significantes.

A partir de esta breve contextualización puede ubicarse el lugar que ocupa el establecimiento de un mecanismo diferencial para las psicosis, ya que, al plantear las diferencias entre neurosis y psicosis, Lacan enfatiza una exclusión que afecta a un significante en particular. Por su parte, Leibson (2020) sostiene que tanto en el Seminario 3, como así también en el escrito titulado *De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible*, Lacan articula el mecanismo freudiano de la *Verwerfung* con su teoría del significante, concretamente con el significante primordial del Nombre del Padre.

El término *Verwerfung* es utilizado por Freud en el historial del Hombre de los Lobos para referirse al episodio alucinatorio del dedo cortado. El mismo, es traducido como rechazo y se aplica para enfatizar su disparidad con el mecanismo de la represión

(*Verdrängung*). Lacan extrae el término y en cierta medida, lo equipara con la *Ausstossung* en su lectura de *La negación* (Schejtman, 2012).

De este último texto, se retoma el comentario realizado por el filósofo Jean Hyppolite, invitado por Lacan en su primer seminario. Hyppolite interpreta la propuesta de Freud como mito constitutivo del aparato psíquico, según el cual existiría una polaridad inclusión-exclusión, donde lo aceptado a partir de la *Bejahung*, afirmación primordial, forma parte del psiquismo, constituyéndolo. Y lo expulsado, efecto de la *Ausstossung*, queda por

fuera del mismo (Schejtman, 2012).

Lacan reinterpreta este nivel mítico con su teoría del significante, por lo tanto “son significantes los que se admiten en lo simbólico y también significantes los que se rechazan” (Schejtman, 2012, p.21). De esta manera, se sigue a Schejtman (2012) al proponer que el significante tiene dos estados posibles: puede ser encontrado “en su patria, es decir, en lo simbólico. O bien (...) hallarlo en el exilio... de lo real” (p.32). Por ende, en este punto, lo real es concebido como aquello que queda por fuera de la simbolización.

Por lo tanto, al retomar el comentario de Hyppolite, Lacan (2017) ubica que al comienzo existiría una *Bejahung*, una afirmación inicial de lo simbólico, en cuyo seno “ocurren toda clase de accidentes” (p.121). Y con estos “accidentes” se arriba a la cuestión de las psicosis, en tanto se afirma:

Previa a toda simbolización -esta anterioridad es lógica no cronológica- hay una etapa, lo demuestran las psicosis, donde puede suceder que parte de la simbolización no se lleve a cabo (...). Puede entonces suceder que algo primordial en lo tocante al ser del sujeto no entre en la simbolización, y sea, no reprimido, sino rechazado (Lacan. 2017, p.118).

En este sentido, Lacan (2017) aclara que se trata de la instauración del símbolo como tal e invita a no confundir este momento mítico con la ejercitación del niño en la adquisición del lenguaje ya que, observa, el símbolo estaría ahí de entrada, “enorme, englobándolo por todas partes” (p.119).

Por lo tanto, se parte de una afirmación inicial de lo simbólico que incluye la posibilidad de que parte de ella no se produzca. A esto se refiere la *Verwerfung*, traducida por Lacan como *forclusión*, un “modo de desconocer la castración diferente a la represión” (Leibson y Lutzky, 2020, p.103). Se trata de una no inscripción en lo simbólico que afecta a un significante en particular.

En otras palabras, Lacan (2017) sostiene que “en la relación del sujeto con el símbolo, existe la posibilidad de una *Verwerfung* primitiva, a saber, que algo no sea simbolizado” (p.119). Y agrega, más adelante, que probablemente nunca se conozcan sus motivos “precisamente porque se sitúa más allá de todo mecanismo de simbolización” (Lacan, 2017, p.121).

Por ende, en su búsqueda por establecer un mecanismo específico para las psicosis, Lacan plantea la existencia de una ausencia radical denominada forclusión. Este rechazo afecta a un significante primordial, el del Nombre del Padre y equivale a una no inscripción que ocurre en el lugar del Otro como lugar de la palabra (Leibson y Lutzky, 2020).

Cabe señalar que al representar el complejo de Edipo como una metáfora, Lacan le atribuye al Nombre del Padre la función de ser el significante encargado de sustituir al significante del deseo de la madre (Evans, 2017). De esto se trata la metáfora paterna, operatoria donde la sustitución de un significante por otro posibilita la creación de un efecto de sentido y “abre el juego de la significación en tanto fálica” (Leibson y Lutzky, 2020, p.106).

Es decir que el significante Nombre del Padre cumple una función ordenadora de la cadena simbólica, ya que al ocupar el lugar del Deseo Materno genera una operatoria de sustracción. Esto habilita, en la neurosis, la pregunta por el sentido: ¿qué soy/significo para el Otro? *Che vuoi?*. A su vez “justifica que surjan, como retoños, las formaciones del inconciente que, de manera equívoca y ambigua, aproximan las respuestas a esa pregunta”

(Leibson y Lutzky, 2020, p.107).

En el caso de las psicosis “el fracaso de la metáfora paterna priva al sujeto de la orientación que supone la significación fálica” (Neffen, 2022, p.57). De lo cual deriva un

conflicto para interpretar el deseo del Otro.

Sin embargo, se afirma que “en lo que aparece en lo real, en tanto retorno de lo forcluido en lo simbólico, habrá algo del Nombre del Padre, al modo de una versión de ese Nombre” (Leibson y Lutzky, 2020, p.109). A esto refiere Lacan (2017) al sostener que los significantes que aparecen en el delirio giran en torno a un significante fundamental, forcluido. Ese significante, nunca nombrado, es determinante, ordena. Es decir, se lo evoca de una manera indirecta. Se trata de un significante que, si bien no es admitido como tal, opera como un agujero en cuyos límites se organiza toda la fenomenología psicótica.

Por esta vía puede entenderse que la estabilización adquiere el nombre de *metáfora delirante*. Neffen (2022) sostiene que la misma “cumple una función análoga a la metáfora paterna cuando alcanza a estabilizar la relación entre significante y significado” (p.226).

En este sentido, Allouch (2015) declara que “el delirio nada tiene que envidiar al fantasma” (párr.46), ya que el fantasma cristaliza una respuesta frente al enigma fundacional. Es decir, opera como guión elemental al otorgar sentido al mundo mediante la localización de una “versión e interpretación singular respecto del propio lugar en el deseo del Otro” (Neffen, 2022, p.57).

Y si bien la metáfora paterna alude a una operatoria inicial, inherente a los tiempos lógicos de constitución subjetiva y la metáfora delirante, por otro lado, se produce después del desencadenamiento y, en consecuencia, sus efectos son considerados algo inestables; ambas comparten una función. A saber, se trata del intento por establecer una respuesta frente al enigma del deseo del Otro (Neffen, 2022).

De manera que la forclusión del significante del Nombre del Padre ocasiona el fracaso de la metáfora paterna, hecho sólo constatable a partir de sus efectos. En tanto la neurosis se caracteriza por el retorno de lo reprimido en lo simbólico, “en el fenómeno alucinatorio, planteado como paradigmático de la psicosis (...) encontramos el modo privilegiado de retorno en lo real del significante esencial forcluido en lo simbólico” (Leibson y Lutzky, 2020, p.104). Y si bien en determinados apartados se transmite la idea de que lo excluido es el Otro, entendido como tesoro de los significantes; por ejemplo al declarar “el Otro, con mayúscula, les dije que estaba excluido en tanto portador de significante” (Lacan, 2017, p.277); se remarca nuevamente que lo excluido se circunscribe a un significante particular.

En consecuencia, se considera que si ese significante es solicitado, “se produce una proliferación imaginaria de modos de ser que son otras tantas relaciones con el otro con minúscula, proliferación que sostiene cierto modo del lenguaje y la palabra” (Lacan, 2017, p.365). Por lo tanto, se habla de entrada en la psicosis cuando el significante forcluido en lo simbólico es invocado desde el Otro y, frente al llamado que deja inerte al sujeto, surgen a modo de un pulular imaginario, las formaciones delirantes.

En este sentido, Lacan (2017) define al fenómeno psicótico como:

la emergencia en la realidad de una significación enorme que parece una nadería -en la medida en que no se la puede vincular a nada, ya que nunca entró en el sistema de la simbolización- pero que, en determinadas condiciones puede amenazar todo el edificio (p.124).

Por lo tanto, se considera que en determinadas circunstancias puede presentarse un elemento que, por no haber sido simbolizado previamente, provoca que el sujeto reemplace la “mediación simbólica por un pulular, una proliferación imaginaria” (Lacan, 2017, p.127). Y si a esta altura de su enseñanza, lo simbólico tiene que ver con el significante, lo imaginario, por otro lado, remite a la significación. En consecuencia, Lacan (2017) afirma “al igual que todo discurso, un delirio ha de ser juzgado en primer lugar como un campo de significación que ha organizado cierto significante” (p.174). Por la misma vía, se pregunta “¿qué dice el

sujeto, sobre todo en cierto período de su delirio? Que hay significación. Cuál, no sabe, pero ocupa el primer plano, se impone” (Lacan, 2017, p.36).

Por esta razón se sostiene que la respuesta -frente al enigma del deseo del Otro- “se impone antes de que la pregunta llegue a formularse” (Leibson y Lutzky, 2020, p.68). Asimismo, este es el punto en el que entra en juego la cuestión de la *certeza psicótica*. Ya que a partir de la aparición de ese significante privilegiado que no ha sido simbolizado, todo se vuelve signo para el sujeto y esto se convierte en una certeza radical. En este sentido, Lacan (2017) afirma que “la índole misma del objeto de su certeza puede muy bien conservar una ambigüedad perfecta, en toda la escala que va de la benevolencia a la malevolencia. Pero significa para él algo inquebrantable” (p.110). Con lo cual, se entiende que el sujeto puede dudar sobre el contenido de su delirio, pero sabe que le concierne, lo que viene del Otro le incumbe, se dirige a él.

Por este motivo, la alucinación puede manifestarse como una palabra impuesta, portadora “de un saber acerca del sujeto, al que determina en el mismo momento que lo interpela” (Leibson y Lutzky, 2020, p.81). Con lo cual se entiende que el sujeto se ve interpelado debido a que la certeza supone un saber que opera como verdad. Es decir, “algo le habla y, sobre todo, lo sabe, sabe acerca de su ser” (Leibson y Lutzky, 2020, p.68).

Cabe resaltar, que el fenómeno psicótico implica un “período acotado en la vida de un sujeto” (Neffen, 2022, p.57). Es decir que la descompensación o desencadenamiento se produce en un momento determinado, a partir de la aparición de un elemento que no fue previamente simbolizado. Y se insiste en este punto, se trata de un elemento no mediatizado por lo simbólico, lo cual no quiere decir que en la psicosis no haya simbolización. Como todo ser hablante, el sujeto habita -y es habitado- por el lenguaje. Y las psicosis demuestran “quizás como ninguna otra estructura, la sujeción del ser hablante al significante” (Schejtman, 2012, p.23) al revelar hasta qué punto el sujeto puede ser atormentado por el mismo.

Asimismo, cabe aclarar que plantear la cuestión de las psicosis exclusivamente a partir de una exclusión, puede derivar en la concepción deficitaria que, desde este escrito, se procura cuestionar. Al definir a las psicosis por no poseer aquello que caracteriza a las neurosis, se arrastra la herencia de aquellas clásicas teorías de la degeneración que comparten fundamentos con “el adagio popular que reza que al loco le falta un tornillo” (Leibson y Lutzky, 2020, p.16).

Por este motivo, se destaca la elaboración que realiza Lacan al abordarlas como una estructura subjetiva diferente que no se reduce a ser una neurosis deficitaria. Se trata de un modo de funcionamiento subjetivo organizado. Al concebirlo de esta manera, se supera el clásico binarismo que distingue salud-enfermedad y opone *lo normal* a lo patológico.

Y si bien en su tercer seminario, Lacan concibe a la forclusión del nombre del padre del lugar del Otro como un hecho estructuralmente determinante, “las tres estructuras tienen, cada una, una manera de fallar que no está presente en las otras dos” (Leibson y Lutzky, 2020, p.110). Es decir, se entiende que las estructuras clínicas son en sí mismas deficitarias: todo sujeto se constituye en relación a una falta. Algunos años más tarde, en su noveno seminario “Lacan presenta a la estructura como única: la de la carencia radical con la que el hombre tiene que lidiar por el hecho de que habla. La neurosis, la perversión y la psicosis quedan como modos de vérselas con dicha falta” (Leibson y Lutzky, 2020, p.42).

A partir de lo planteado anteriormente, se concluye, en este primer apartado, que al hablar de psicosis como estructura subjetiva, se supone un modo de posicionamiento singular con respecto a la inconsistencia lógica del Otro. En otras palabras, consiste en una modalidad enunciativa particular o, dicho de otra manera, un modo diferente -a la neurosis de relación con la alteridad. Se sigue a Neffen (2022) al afirmar que se trata de “un modo entre otros de hacer con la exigencias de la existencia, el amor, la sexualidad, la relación

con cuerpo y con los otros (...) es un mecanismo en sí y no la ruptura de un mecanismo” (p.212).

### **3.2. De la inadecuación del método a la especificidad de la transferencia**

En primera instancia, se considera a Sigmund Freud como el responsable de establecer la oposición entre neurosis y psicosis tal como se la conoce en la actualidad. Sin embargo, esta distinción no existe desde el inicio de su obra. La introducción de la teoría del narcisismo y la economía libidinal resultan nodales para justificar tal desarrollo (Mazzuca, 2003).

De tal manera, en los albores de su elaboración, realiza el trabajo sobre las *neuropsicosis de defensa* en el que agrupa a las psicosis junto con la histeria y la neurosis obsesiva al postular “un mecanismo psíquico común en la formación de sus síntomas” (Mazzuca, 2003, p.14). Sobre este grupo recaen sucesivas transformaciones, una de las cuales consiste en la sustitución de la denominación *neuropsicosis* por *psiconeurosis* para enfatizar la raíz psicológica de la afección en sujetos anteriormente saludables. Si bien los pormenores de tales modificaciones exceden los objetivos de este escrito, se destaca que la oposición entre neurosis y psicosis resulta de la diferenciación entre las *psiconeurosis de transferencia* y las *psiconeurosis narcisistas* (Mazzuca, 2003). Y, las últimas, se caracterizan por no poseer “la libido flotante de la que se toma el psicoanalista para el tratamiento de la neurosis” (Allouch, 2015, párr.10).

Por lo tanto, se considera que Freud fundamenta la inadecuación del método psicoanalítico para el tratamiento de las psicosis a partir de sus teorizaciones sobre la economía libidinal. En este sentido, Neffen (2022) sostiene que las psiconeurosis narcisistas se distinguen “por una incapacidad o dificultad para la transferencia libidinal hacia objetos exteriores o una retracción de la libido sobre el propio yo, lo cual dificulta que el analista ocupe el lugar que se espera en la transferencia” (p.215). En consecuencia, debido a una regresión de la libido al autoerotismo, Freud afirma que este grupo es psicoanalíticamente incurable (Allouch, 2015). En otras palabras, puede ubicarse que al determinar el par de opuestos neurosis-psicosis, Freud establece, asimismo, los límites del abordaje psicoanalítico de las psicosis ya que, al utilizar las mismas técnicas que con las neurosis, comprueba que “se producía un agravamiento de la enfermedad” (Mazzuca, 2003, p.17).

No obstante, a pesar de admitir la inadecuación de su método para el tratamiento de las psicosis, realiza un gesto fundamental al suponer que el delirio es portador de sentido y, por ende, poseedor de un significado no manifiesto, al igual que los chistes, los sueños, los lapsus y los síntomas. Por lo tanto, se trata del “paso que convierte a un loco aislado y aislable en un sujeto de la palabra, poseedor o poseído por ella en y con su cuerpo, y por ende tratable, escuchable, incluso interpretable” (Leibson y Lutzky, 2020, p.63). En este punto, se ubica el movimiento realizado por Lacan, quien parte de los principios freudianos y, sin dejar de respetar los límites que de ellos derivan, “alienta a no ceder ante la psicosis y a inventar procedimientos para su cura en que el psicoanalista no sostenga el sujeto supuesto saber (base de la transferencia neurótica)” (Mazzuca, 2003, p.118).

De lo anterior se extraen dos cuestiones. En primer lugar, Lacan sostiene que “el único modo de abordaje conforme con el descubrimiento freudiano es formular la pregunta en el registro mismo en que el fenómeno aparece, vale decir en el de la palabra” (2017, p.56). En otros términos, se entiende que la manera de concebir la cuestión técnica de la forma que Freud lo plantea, consiste en abordar el fenómeno psicótico en el mismo plano en el que se presenta clínicamente, es decir, a partir de lo que se dice en un análisis. Por la misma vía, destaca el aporte que realiza el psicoanálisis al legitimar el delirio del psicótico “en el mismo plano en que la experiencia analítica opera habitualmente” (Lacan, 2017,

p.190). Por lo tanto, la cuestión del delirio, en Lacan, remite al decir. No se trata del contenido del mismo. Menos aún, de juzgarlo a partir de un cuestionable criterio de realidad al clasificar las alucinaciones en verbales, auditivas o visuales; como se habituaba en la psiquiatría clásica. En consecuencia, el decir no se agota en los enunciados, tiene que ver con el plano de la enunciación. De lo cual deriva que el sujeto sea concebido, en este punto, a partir de su posición enunciativa, a saber, el lugar desde el cual alguien toma la palabra.

En segundo lugar, pero no menos importante, se ubica el asunto de la transferencia. Se entiende que en su exhaustivo trabajo sobre las memorias de Schreber, Freud niega y

12

afirma la existencia de la misma en las psicosis (Leibson y Lutzky, 2020). Ya que, si bien establece la noción de psiconeurosis narcisistas para acentuar la imposibilidad para instaurarla, ubica en la génesis del delirio de Schreber, precisamente, la relación transferencial con su médico, el Dr. Flechsig. Es decir, se la reconoce en el mismísimo núcleo de la formación delirante. De este modo, se genera un movimiento de lectura, donde la concepción de una incapacidad transmuta en “una disposición ultrarrefinada para la transferencia, en algo que se encuentra en el inicio del problema o de la pregunta” (Leibson y Lutzky, 2020, p.65).

Por lo tanto, se rescata que el delirio, al igual que el síntoma, posee una razón. Empero, su interpretación no provoca los mismos efectos que en la neurosis. A su vez, se reconoce la presencia de la transferencia con una particularidad en su modo de conjugación. En este aspecto, se sigue a Allouch (2015), quien propone una fórmula para delimitar dicha particularidad: “el neurótico transfiere, el psicótico plantea transferencialmente” (párr.8).

En este punto, resulta pertinente aclarar que Lacan introduce la noción de Sujeto supuesto Saber (SsS) en su intento por distinguir las vertientes simbólica e imaginaria de la transferencia, por ser considerada, esta última, una cuestión parasitaria que dificulta el trabajo interpretativo (Neffen, 2022). A su vez, se comprende que la concepción freudiana de la misma, en la cual se utiliza la teoría libidinal para fundamentar la imposibilidad que presenta el sujeto para investir la figura del analista en las psicosis, remite al registro de lo imaginario. En consecuencia, se propone trasladar el acento a la relación del sujeto con el saber, constitutivo del registro simbólico.

Asimismo, se entiende que el SsS es un “*efecto* del dispositivo analítico en sí y una *función* que atañe al analista a partir de un equívoco o error estructural: la creencia según la cual se supone que el analista posee un saber sobre el síntoma del sujeto” (Neffen, 2022, p.218). En otras palabras, se entiende que *el neurótico transfiere* el saber sobre la causa de su malestar hacia la figura del analista, en tanto Sujeto supuesto Saber. Por lo tanto, dicha suposición de saber posee un valor elemental en el análisis de pacientes neuróticos por ser concebida como aquella que motoriza la construcción del lazo transferencial (Neffen, 2022).

En las psicosis, por el contrario, el vínculo del sujeto con el saber encuentra otro modo de presentación. El mismo se manifiesta, de entrada, como saber del Otro. Por este motivo, afirma Lacan, “el delirio comienza a partir del momento en que la iniciativa viene de un Otro, con O mayúscula” (2017, p.275). A partir de lo cual se afirma la existencia de un Otro supuesto saber ya que “no es que el sujeto “se toma por...”, sino que “sea tomado por”, y especialmente en el lugar del Otro” (Allouch, 2008, p.503).

Dicho de otro modo, el saber del Otro se impone dirigido al sujeto. En este sentido, Zenoni (2021) declara que el sujeto responde a una transferencia que lo antecede. De esta manera “es el Otro quien está inclinado a amarme, es primero el Otro quien me supone ser su objeto” (Zenoni, 2021, p.238). Tal cuestión es ubicada por Lacan (2017) en las memorias de Schreber, quien asegura no ser paranoico por considerar que la paranoia remite a una persona que vincula todo consigo mismo, en cambio “yo, dice, *soy completamente diferente, es el Otro quien relaciona todo conmigo*” (p.391).

En consecuencia, a partir de ser tomado como objeto del Otro, el sujeto “se plantea

como objeto posible de una transferencia (como posible soporte, para alguien, del SsS)” (Allouch, 2008, p.510). Este es el caso de Schreber, quien, con su testimonio, plantea transferencialmente una erotomanía divina (Allouch, 2008).

Cabe resaltar en este punto que “los diagnósticos creados por Lacan no se convierten en categorías, cada uno refiere a un caso en singular” (De Battista, 2020, p.89). Por lo tanto, el diagnóstico de erotomanía divina no remite a un intento de clasificación característico de la nosografía psiquiátrica. En este sentido, se entiende que “en su diálogo con los psicóticos Lacan pone en primer plano al sujeto: su participación, su división, su síntoma, su relación con el lenguaje” (De Battista, 2020, p.89). Es decir, se trata de una construcción particular elaborada por Lacan con el fin de ubicar la singularidad de la posición del sujeto en su vinculación con el universo discursivo. Y dicha particularidad puede ser leída en la literalidad de lo que el sujeto declara.

Con lo cual, se arriba al asunto del testimonio. Al descartar la postura que concibe a las psicosis en términos de falta de realidad o ausencia de lazo social, Lacan (2017) insiste en que no se trata de “alguien que prescinde del reconocimiento del otro. Si Schreber escribe esa enorme obra es realmente para que nadie ignore lo que experimentó (...) Es algo que de hecho se propone como esfuerzo por ser reconocido” (p.114).

Por este motivo, Allouch (2015) observa que en las psicosis se produce un llamado a los otros como así también, a la transferencia que esto genera. Y destaca la especificidad de la misma a partir de la descripción de su singular modo enunciativo al diferenciar tres lugares particulares.

En primer término, se entiende que “el lugar de aquél o aquella a los que se llama psicóticos es fundamentalmente el de un testigo” (Allouch, 2015, párr.47). En este sentido, se considera que “el psicótico es un mártir del inconsciente” (Lacan, 2017, p.190). Es decir, se ubica como testigo al brindar un *testimonio abierto* sobre la existencia del inconsciente; a diferencia del neurótico, cuyo testimonio, encubierto, debe ser descifrado (Lacan, 2017). Y por concebir al delirio como un modo específico de relación del sujeto con el universo del lenguaje, se desprende que el sujeto “habla de algo que le habló” (Lacan, 2017, p.63). En efecto, se presenta como testigo al testimoniar sobre “esa experiencia particular de una palabra que... se impone en lo real, fuera del compromiso simbolizante (Leibson y Lutzky, 2020, p.65).

Por otra parte, el segundo lugar que Allouch propone ubicar para establecer la especificidad de la transferencia psicótica es el del Otro, y lo entiende como “aquél desde donde se origina una asignación desubjetivante, persecutoria por esto mismo” (Allouch, 2015, párr.48). Es decir, en determinado momento de su delirio, para el sujeto sólo existe un Otro absoluto. Esto expresa Schreber, quien se encuentra alienado ante un Otro que se sitúa en una posición de dominio y es percibido como una unidad llamada Dios (Lacan, 2017). Se trata de un “interlocutor que ha vaciado el universo de toda presencia auténtica” (Lacan, 2017, p.201). En este sentido, se entiende que “la deshumanización es fruto del machaqueo desgastante del significante, en tanto se trata cada vez menos de un verdadero otro” (Leibson y Lutzky, 2020, p.95).

En otras palabras, el sujeto se siente alienado ante la unidad del lenguaje y se encuentra imposibilitado para validar su testimonio. En cambio, la situación se modifica cuando ese otro puede ser nombrado, situándose en la transferencia (Leibson y Lutzky, 2020).

Lo cual alude al último lugar señalado por Allouch, “el lugar del otro -escrito con una pequeña a- es aquél donde el sujeto hace valer su testimonio” (2015, párr.49). Y agrega, más adelante

“podemos intervenir cuando, dirigiéndose a nosotros como a un semejante, como a un codelirante potencial, el psicótico espera de nosotros una confirmación de la experiencia que

él sufre y de la que se hace entonces para nosotros el testigo. Pero tenemos que merecer a sus ojos, ese lugar de pequeño otro” (Allouch, 2015, párr.53).

¿Qué implica *merecer a sus ojos* ese lugar? Esta cuestión remite directamente a la función del analista en la transferencia psicótica.

### **3.3. Función del analista: ¿secretario del alienado?**

Al comienzo del capítulo titulado “Secretarios del alienado”, Lacan (2017) declara que se trata de una expresión reprobatoria utilizada para juzgar la incapacidad de los alienistas frente a los alienados. Sin embargo, resalta “no sólo nos haremos sus secretarios, sino que tomaremos su relato al pie de la letra: precisamente lo que siempre se consideró que debía evitarse” (Lacan, 2017, p.295-296).

Por lo tanto, se entiende que el *alienista* cumple la función de secretario por alojar la singularidad de aquello que el *alienado*, quien ocupa el lugar de testigo, declara. Lo distintivo de este modo de registro radica en no denegar, al modo manicomial, la aparente sinrazón del discurso delirante.

La misma se constituye como una indicación de gran alcance para el abordaje clínico de las psicosis. Asimismo, “recubre diferentes acepciones que van de la pasividad del analista a su actividad” (De Battista, 2020, p.95).

Puede considerarse que la inclinación de aquellos analistas que deciden permanecer en la pasividad, deriva del “potencial efecto desestabilizador de la interpretación en la estructura psicótica” (Neffen, 2022, p.48). Es decir, se considera posible que determinada modalidad de intervención genere un desencadenamiento.

En este sentido, se entiende que “el desencadenamiento de la psicosis no puede pensarse como una relación directa del tipo estímulo-respuesta” (Neffen, 2022, p.51). Por lo tanto, debido a la heterogeneidad del campo, resulta imposible realizar un manual de instrucciones estándar de índole mecanicista. Ya que, de acuerdo a la singularidad de cada caso, un mismo estilo interpretativo puede generar efectos diametralmente diferentes.

Tal es el caso de las intervenciones que procuran hacer resonar la ambigüedad del significante. Jean-Claude Maleval, por ejemplo, desaconseja hacer uso de esta modalidad por considerar que el juego con equívocos y homofonías puede provocar que el sujeto se enfrente con el enigma del deseo del Otro (Neffen, 2022).

En otros términos, se entiende que las interpretaciones que se sostienen sobre el malentendido significante, es decir, que permiten visibilizar la brecha existente entre significante y significado; generan las condiciones propicias para que el sujeto busque despejar el enigma a partir del sentido que otorga la respuesta enmarcada en su fantasma fundamental. En el caso de las psicosis, se considera que ante la ausencia de dicho fantasma, “lo enigmático en los propósitos del Otro tiende a resolverse en la atribución subjetiva hostil” (Neffen, 2022, p.55).

Por lo tanto, el analista puede ocupar de este modo, el lugar de Otro absoluto que se insinúa al sujeto como perseguidor en su delirio. Sin embargo, se insiste en que no se trata

éste del único desenlace posible.

Sobre este aspecto, De Battista (2020) considera que si bien siempre existe “el riesgo de que el circuito del Otro primordial alienante se actualice” (p.216), la emergencia de la figura del perseguidor posee un valor correctivo (De Battista, 2020). Es decir, la autora argumenta que la persecución emerge como un modo de reclamar una posición más justa al analista cuando no ocupa el lugar que conviene a la transferencia.

Por otro lado, respecto a la intervención sobre el malentendido, diferente es la perspectiva sostenida por Leibson y Lutzky (2020) quienes afirman que “es un dato de la experiencia clínica que el psicótico puede jugar con los equívocos, los malentendidos, las ambigüedades y los dobles o triples sentidos. De hecho, buena parte de su sintomatología está hecha de esto” (p.32). En otras palabras, se argumenta que por trabajarse en el plano del universo discursivo, con los efectos de la determinación del lenguaje en la subjetividad, el analista puede intervenir sobre el modo en que el significante resuena para propiciar un sentido diferente a eso que irrumpe y atormenta al sujeto.

Por la misma vía, los autores declaran “sin objetar que el Otro está ahí y le habla, se puede interrogar aquello que el sujeto dice escuchar, lo que implica el fraseo, la puntuación, la entonación, los matices” (Leibson y Lutzky 2020, p.71). Es decir que se considera posible intervenir en el nivel del malentendido si no se pone en cuestión la certeza que experimenta el sujeto. A saber, sin desestimar que aquello que proviene del Otro, le concierne.

15

En consecuencia, ya que lo aconsejado en un caso, puede resultar desaconsejado en otro; puede observarse que conviven tantos modos de concebir la clínica psicoanalítica como analistas que la ejerzan. Y si bien existen diversas elucubraciones sobre el abordaje de las psicosis, el punto de partida es compartido y remite a lo elaborado por Lacan al comienzo de su tercer seminario. En el mismo, con respecto a la intervención del analista, se indica “comiencen por creer que no comprenden. Partan de la idea del malentendido fundamental” (Lacan, 2017, p.35). Con lo cual se entiende que la esencia de la interpretación no se circunscribe al ámbito de la comprensión. Comprender es suponer un sentido sobre aquello que se dice y “el sentido va siempre hacia algo, hacia otra significación, hacia la clausura de la significación, remite siempre a algo que está delante o que retorna sobre sí mismo” (Lacan, 2017, p.198).

Es decir, la dimensión del sentido no tiene punto de detención ya que para aclarar el significado de una frase, inevitablemente debe recurrirse a otra. En consecuencia, se considera que la interpretación debería evitar constituirse en una adición de sentido. Ya que, al comprender que el delirio se construye a partir de una sumatoria de interpretaciones para dar respuesta a ese significante impuesto en lo real, se entiende que sobreinterpretarlo “o sea, agregarle sentidos, deriva en la duplicación al infinito de esos sentidos” (Leibson y Lutzky, 2020, p.73).

Por su parte, Zenoni (2021), señala que el trabajo interpretativo, incluye la capacidad de puntuar e introducir cortes en el descifrado que produce el sujeto a partir de su delirio. Es decir, intenta promover un apaciguamiento de la búsqueda inagotable por comprender.

Por lo tanto, puede entenderse que el analista, desde su función de secretario del alienado, acompaña al sujeto

“en su tarea de interpretar aquello que lo habla. Interpretar, no en el sentido de una hermenéutica, de despejar una significación oculta, sino en el sentido más bien musical (también teatral) de hacer resonar eso, de encontrar otro modo de ponerlo en escena” (Leibson y Lutzky, 2020, p.71).

Para ilustrar lo anteriormente planteado, se presenta un recorte clínico invocado por los autores en el mismo libro:

“Un paciente estaba sumamente angustiado por el acoso de sus voces, que en esa ocasión,

no cesaban de espetarle “¡Gallina!”. Lo tomaba como alusión a sus frecuentes temores. Encontró alivio después de la carcajada que le causó la respuesta de su analista: “Es que saben que somos de River” (Leibson y Lutzky, 2020, p.41).

A raíz de lo cual, se observa que el significante *gallina*, impuesto en lo real, se encuentra con una interpretación que pone en juego la equivocidad del malentendido. Frente al nuevo sentido desplazado por el analista, se halla un modo diferente de poner en escena aquello que se presenta, en primera instancia, con una interpretación angustiosa para el sujeto. Consecuentemente, se rescata que desde este punto de vista, el analista, a través de la interpretación, opera desde un hacer activo.

Sin embargo, en lo expuesto anteriormente, “los tres niveles que Lacan señala en 1958 y en los cuales se despliega la acción analítica: táctica, estrategia y política se encuentran solapados en cierta confusión de la posición del analista con la técnica” (De Battista, 2020, p.194). Por lo tanto, la posición del analista parece quedar reducida a sus intervenciones. Y si bien la autora realiza esa lectura para señalar la función del deseo del analista en su posición, aquí se extrae el recorte para ubicar dicha posición a partir del lugar que se ocupa en la transferencia. Con lo cual se retoma el alcance del sentido otorgado a la función de secretario del alienado.

Con este fin, cabe resaltar la lectura realizada por Allouch (2008) del caso de Marguerite Anzieu. Se trata de los inicios de la práctica de un joven Lacan, quien utiliza su encuentro con Marguerite para la elaboración de su tesis de psiquiatría. En la misma, realiza un exhaustivo registro de las entrevistas que mantienen juntos, a la vez que oficia de

16

editor de las novelas que ella escribe durante su delirio. Se considera que a partir de este encuentro, que interpela a Lacan y lo introduce en la obra freudiana, éste ingresa al universo del psicoanálisis (Allouch, 2008).

Puede considerarse que Lacan se sumerge en dicho encuentro atravesado por su formación como médico psiquiatra. Sin embargo, en el transcurrir de las entrevistas, sucede algo que lo transforma y a partir de lo cual, deviene psicoanalista. Hacia el final de su enseñanza, él mismo reconoce que fue atrapado a partir de este encuentro porque *ella sabía*. Es decir, la reconoce portadora de un saber al encarnar la figura que luego denominará *sujeto supuesto saber*, ordenadora de la transferencia (Allouch, 2008).

Cabe destacar el nombre que Lacan escoge para su paciente al momento de publicar la mencionada tesis. Marguerite es nombrada Aimée, que en francés significa amada. Por lo tanto, se considera que al nombrarla de esta manera “Lacan por primera vez en todo su recorrido, liga, sin saberlo, el amor y el saber (...) articulación decisiva de lo que presentará posteriormente como su teoría de la transferencia” (Allouch, 2008, p.490).

Asimismo, Allouch (2008) considera que Aimée se constituye como el significante que establece la transferencia de Lacan hacia Marguerite. A partir de lo cual se reitera lo elaborado en el apartado anterior, a saber, la transferencia psicótica posee la especificidad de presentarse como una transferencia *al* psicótico. En este punto, se agrega que al reconocer a Marguerite como sabedora (SsS) Lacan ocupa, consecuentemente, el lugar de sujeto barrado.

En consonancia con lo planteado anteriormente puede ubicarse la tesis elaborada por De Battista (2020), quien sostiene que Marguerite logra construir, en transferencia, una falta en el Otro que ella puede colmar. En otras palabras, “parece apuntar a descompletar al Otro, encontrarlo deseante y preocupado, construir esa falta para luego poder alojarse en ella (De Battista, 2020, p.159).

En este sentido se entiende que Lacan haya sido capturado por la capacidad creativa de su paciente. Aimée, en el momento más fecundo de su delirio, escribe y él considera que sus escritos “poseen un innegable valor literario que intentará hacer reconocer como tal” (Allouch, 2008, p.490).

Por este motivo, se introduce la pregunta “¿y acaso Aimée no sale de su locura al pasar de ser la escritora rechazada por las editoriales al caso que hace falta a Lacan...?” (De Battista, 2020, p.159). A partir de lo cual, la autora considera que esa posibilidad de encuentro con un Otro barrado, atravesado por una falta que concierne al sujeto, se constituye como el punto nodal para establecer el pasaje del desencadenamiento a la estabilización.

En el presente escrito, se señala su lectura por considerarse que dicha construcción puede remitir a la función del analista en la transferencia psicótica. Dicho de otro modo, Lacan, sujeto barrado, se hace secretario de Marguerite, amada, al asumir que es ella quien posee el saber.

Sin embargo, se rescata que la misma se presenta como una elaboración entre tantas sobre un asunto que resulta, cuanto menos, problemático. Sobre este aspecto, Zenoni (2021) afirma contundentemente: “no estamos aquí para querer algo del sujeto, estamos para que él pueda servirse de nosotros” (p.251). Es decir, el autor ubica que si en las psicosis se presenta la figura del Otro absoluto que transfiere sobre el sujeto, la misma no debe ser personificada por el analista (Zenoni, 2021).

Por lo tanto, sin dejar de vislumbrar las diferentes perspectivas, se resalta un punto de coincidencia en el abordaje de las psicosis en tanto se sugiere que “el analista adopte una posición dócil en la transferencia, descompletar su presencia hasta que pierda consistencia y reducir así la posibilidad de encarnar un Otro intrusivo para el sujeto” (Neffen, 2022, p.230). Asimismo, se remarca que ese *descompletarse* puede ubicarse a modo orientativo al escoger su aplicación de acuerdo a las particularidades de cada caso.

A su vez, se comprende que “el analista debe entrar en el juego. Lo hace cuando se deja tomar (...) cuando puede encontrar el lugar de un otro amistoso (...) y habilita el lugar del testigo o del secretario, capaces de tomar nota y registrar algo de eso que habla en el sujeto” (Leibson y Lutzky, 2020, p.69). Por ende, se entiende que una posible posición para

el analista en la transferencia, es la de oficiar como destinatario al alojar el discurso en su literalidad, “lo que no deja de ser, propiamente dicho, un constituyente del testimonio” (Allouch, 2008, p.509). En consecuencia, el secretario del alienado interviene con su registro de la singularidad al confirmar el saber de quien testimonia. Asimismo, permite introducir una disyunción entre saber y verdad al cuestionar aquello que parece poseer un sentido unívoco para propiciar un modo de estar que resulte menos tormentoso para el sujeto.

#### **4. Consideraciones finales**

Por considerar que la posibilidad de que se produzca una escena transferencial opera como condición necesaria para el despliegue de un trabajo analítico, este escrito aborda la especificidad de la misma en la clínica del campo paranoico de las psicosis. Para

tal fin, se ubica, en primera instancia, una aproximación a la cuestión de las psicosis a partir del establecimiento de un mecanismo diferencial; en el que el significante Nombre del Padre, forcluido de lo simbólico, retorna en lo real y genera efectos imaginarios.

No obstante, se advierte el sesgo psicopatológico que esconde dicho planteo, ya que definir una estructura por la ausencia de un elemento que otra posee, no es tan diferente a homologar a la neurosis con la norma y ubicar a las psicosis como una desviación hacia lo patológico. Por lo tanto, para evitar dicha concepción deficitaria, se señala que las estructuras clínicas pueden ser concebidas como diferentes posiciones y modos de ser respecto a la falta estructural de todo ser hablante.

Desde esta perspectiva se entiende que el sujeto puede ser ubicado a partir de su posición enunciativa. A saber, el lugar desde el cual alguien toma la palabra. En consecuencia, resulta posible leer su particularidad en el modo que cada quien encuentra para vincularse con la alteridad. Dicha lectura puede realizarse a partir de la modalidad transferencial que se conjugue. En este sentido, se remarca la especificidad de la transferencia psicótica entendida como una transferencia al psicótico. Es decir, por ser testigo de esa palabra que se impone y le concierne, el sujeto no busca el saber en la figura del analista. El mismo, con su escucha de la singularidad, puede propiciar un espacio donde resulte posible pesquisar la relación del sujeto con el campo del otro. Por lo tanto, en su función de secretario, el analista confirma el saber del psicótico para posibilitar, con su intervención, un modo de articulación que le resulte menos costoso.

Cabe señalar que existen nociones como la de *sinthome* y el *nudo borromeo*, que resultan de suma utilidad para la práctica y no son abordadas en este escrito debido a que se optó por realizar un recorte de la vasta obra lacaniana. El abordaje clínico que se propone, si bien presenta articulaciones con nociones como transferencia, Sujeto supuesto Saber y fantasma, elaboradas en períodos posteriores al seminario dedicado a las psicosis, excluye las propuestas realizadas por Lacan hacia el final de su recorrido.

Por lo tanto, la conceptualización de psicosis que se presenta, acarrea la influencia estructuralista característica de los primeros años de su enseñanza. Por ende, la completa determinación del significante en la estructura remite al período en el que se postulaba la primacía de lo simbólico sobre los otros registros. Esto se debe a que en ese momento de su enseñanza, era explícita su intención de producir un *retorno a Freud*, por considerar que los psicoanalistas postfreudianos habían desviado el foco hacia los fenómenos imaginarios de la clínica, centrando sus elaboraciones en el yo -psicología del yo- y no en la invención freudiana del inconsciente. Asimismo, se considera que a lo largo de su desarrollo, se acrecienta el nivel de rigurosidad y sistematización de la teoría. En consecuencia, con el objetivo de reducir el malentendido inherente al significante en su versión simbólica, se produce una tendencia a la matematización en la transmisión de la experiencia analítica y la atención se desplaza al campo de lo real. En resumidas cuentas, respecto a los diferentes momentos de la enseñanza lacaniana, en algunos ámbitos académicos se comparte la idea de que la clínica psicoanalítica puede ser abordada desde lo simbólico o desde lo real. Cabe resaltar que la llamada clínica de orientación por lo real, no anula a la anterior. En otras palabras, las últimas elaboraciones de Lacan no suprimen a las primeras ni las invalidan. Por el contrario, se entiende que en el devenir de su enseñanza, se añaden niveles de complejidad y se producen, de esta manera, resignificaciones de lo elaborado en un primer momento.

Otra cuestión que surge a partir del desarrollo de la presente investigación, remite a la validez de la comparativa que se realiza entre la obra freudiana y la lacaniana. En la literatura psicoanalítica se reitera que la imposibilidad terapéutica planteada por Freud, transmuta en un abordaje posible a partir de lo introducido por Lacan. Como puede leerse

en el segundo apartado, se rastrea la noción de psicosis entendida como una estructura diferenciada de la neurosis y la perversión. Sin embargo, se señala que el grupo de las

*psiconeurosis narcisistas*, utilizado por Freud para justificar la imposibilidad de investir libidinalmente a la figura del analista, concierne principalmente al campo de la esquizofrenia. Este trabajo, en cambio, se circunscribe al campo de la paranoia. En consecuencia, las implicancias de la función del analista en la clínica con otros modos de ser con las psicosis, como lo son la melancolía y la esquizofrenia, permanecen en la sombra. Por lo tanto, la pregunta por el abordaje posible en esos casos sigue abierta y puede ser retomada en futuras investigaciones.

Para finalizar, se resalta que en la búsqueda de material para responder la pregunta de investigación, a saber, la función del analista en la clínica del campo paranoico de las psicosis; se encontraron diversas elucubraciones que remiten a cuestiones técnicas y, debido a la heterogeneidad del campo, se señala que lo que en algunos casos puede promover un apaciguamiento del malestar, en otros puede acrecentarlo. Sin embargo, sin desconocer la importancia de las aproximaciones teóricas sobre lo que puede generar un desencadenamiento, resulta menester que dichas cuestiones no operen como juicios que determinen la lectura de aquello que acontece en la clínica. En consecuencia, se considera que a pesar de las limitaciones teóricas que presenta este trabajo integrador final, se logran ubicar herramientas para pensar, como futura profesional, una práctica clínica acorde a la ética que se desea sostener.

A modo de cierre, se rescata una célebre declaración freudiana respecto al éxito del tratamiento psicoterapéutico. En los albores de la historia del psicoanálisis, Freud manifiesta que su método introduce la chance de transformar la miseria neurótica en infortunio corriente (Freud, 1992). Aquí se propone ampliar el alcance de esta proposición para sostener la misma apuesta en el campo paranoico de las psicosis. Por lo tanto, sin desconocer que el sufrimiento se constituye en un fenómeno inherente a la condición humana, se tiene como horizonte un abordaje que propicie las condiciones para que el sujeto pueda modificar su posición frente al padecimiento.

## **5. Referencias bibliográficas**

Allouch, J. (2008) *Marguerite o la Aimée de Lacan*. Buenos Aires: El cuenco de plata.

Allouch, J. (2015) *Ustedes están al corriente, hay transferencia psicótica*. Uno a uno.

<https://unoaunoblog.wordpress.com/2015/08/28/ustedes-estan-al-corriente-hay-transferencia-psicotica-jean-allouch/>

De Battista, J (2020) *El deseo en las psicosis*. Buenos Aires: Letra viva. Freud, S. (1992) *Obras completas. Tomo II. Estudios sobre la histeria*. Buenos Aires: Amorrortu.

Gaede, L. (2020) *Psicosis y psicoanálisis: acerca de un tratamiento posible y el lugar del analista*. [Trabajo integrador final, Universidad Nacional de Rosario. Facultad de Psicología]. [desrhttps://rehip.unr.edu.ar/handle/2133/19664](https://rehip.unr.edu.ar/handle/2133/19664)

Lacan, J. (2017) *El seminario. Libro 3. Las psicosis*. Buenos Aires: Paidós. Lauretti, G. y

Pacheco, A. (2019) *Consideraciones sobre la transferencia en la psicosis*. [Tesis de grado, Universidad de Mar del Plata. Facultad de Psicología].

<http://rpsico.mdp.edu.ar/handle/123456789/904>

Leibson, L. Lutzky, J. (2020) *Maldecir las psicosis*. Buenos Aires: Letra viva. Mazzuca, R.

(2003) *Las psicosis. Fenómeno y estructura*. Buenos Aires: Berggasse 19. Neffen, I. (2022)

*Las entrevistas preliminares en psicoanálisis. Introducción a su clínica y ética*. Buenos Aires: Letra Viva.

Schejtman, F. (2012) *Elaboraciones lacanianas sobre la psicosis*. Buenos aires: Grama.

Zenoni, A. (2021) *La otra práctica clínica. Psicoanálisis e institución terapéutica*. Buenos Aires: Grama.